

## EL CUADRO

Eduard se sentó a descansar. El día había sido agotador, deshaciendo el equipaje, limpiando la casa y tratando de arreglar las ventanas para no morirse de frío. Acababa de mudarse al pueblo de Hanniston. Era un hombre bajito, rechoncho y bondadoso, y si había comprado aquella vieja casa era porque su trabajo en la fábrica no le daba para otra mejor.

Había sido muy barata. Demasiado barata. Le pareció ver alivio en el rostro del vendedor cuando le entregó las llaves.

Su vecino Frank, un hombre mayor, alto y delgado, fue un alivio para él. Incluso se había ofrecido a ayudarlo en las reparaciones de la casa.

Lo que menos le gustaba de la casa era el gran cuadro que había frente a su cama. ¡Era espantoso! Un hombre con barba despeinada y nariz chata estaba dibujado en aquel áspero papel. Eduard lo quiso arrancar de la pared, pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Por más que lo intentó, no consiguió separarlo ni un centímetro, así que lo había dejado por imposible y, tras una cena apresurada, se preparó para dormir.

Pero no lo consiguió. No podía apartar la vista del cuadro. Le parecía que aquellos ojos le miraban fijamente, esperando a que se durmiera.

“Yo que usted me iría de esa casa, antes de que acabe volviéndose loco y desapareciendo, como los demás”, le dijo la mujer de la pequeña tienda del pueblo a la mañana siguiente. No había logrado sacarle ni una palabra más.

Durante aquellos días, Eduard apenas pudo dormir, ya que tenía un gran miedo a aquel cuadro. Tenía ojeras y estaba despeinado, y los vecinos del pueblo pensaron que se estaba volviendo loco. Era el efecto de aquella casa.

Lo había hablado con su vecino, y éste le había quitado importancia. “Una de estas tardes te ayudaré a quitar ese cuadro, ya verás como no pasa nada”. Pero él no lo había creído.

Frank le dio unas pastillas para dormir, y Eduard las tomó agradecido y se acostó. Era una noche tormentosa. Estaba casi dormido cuando vio que el cuadro se movía. ¡Iba a atraparlo!

Unas manos arrugadas lo cogieron del cuello, arrastrándolo dentro del cuadro.

Allí, horrorizado y sin poder moverse, había visto los demás cuerpos, antes de que su corazón, sin poder más, dejara de latir. Lo último que había visto eran los ojos, aquellos horribles ojos, pero en la cara de Frank.